



REVISTA  
ESTUDIOS SOCIALES  
CONTEMPORÁNEOS

ISSN 2451-5965

# Poulantzas y la democracia. Una trágica paradoja

**Poulantzas and democracy. A tragic paradox**

Jacinta Gorriti

Universidad Nacional de Córdoba

[jagorriti@gmail.com](mailto:jagorriti@gmail.com)

*Enviado: 26/09/2017 - Aceptado: 19/10/2017*

“Jacinta Gorriti/“Poulantzas y la democracia. Una trágica paradoja” en Revista de Estudios Sociales Contemporáneos N° 18, IMESC-IDEHESI/CONICET, Universidad Nacional De Cuyo, junio 2018, pp. 20-36”



## Resumen

*Este artículo desarrolla algunos aspectos elementales del concepto de Estado como relación social de Nicos Poulantzas (Atenas, 1936 – París, 1979) bajo la premisa de que esta conceptualización está íntimamente vinculada con una reflexión acerca de la democracia, a la luz de ciertos eventos políticos de los años setenta. Se propone aquí un recorrido teórico e histórico a la vez, en el que la perspectiva de Poulantzas es puesta a dialogar con las posturas de dos pensadores contemporáneos, Louis Althusser y Michel Foucault, a propósito del lugar del Estado en las transformaciones sociales y su relación con las luchas populares. Asimismo, se sugieren ciertas claves de lectura para revitalizar la teoría poulantziana en nuestro propio contexto histórico.*

Palabras claves: Estado, socialismo, dictadura del proletariado, poder, resistencia

## Abstract

*This article develops some elementary aspects of Nicos Poulantzas's (Athens, 1936 – Paris, 1979) concept of state as a social relation under the premise that this conceptualization is intimately linked with a reflection on democracy, in light of certain political events of the seventies. A theoretical and historical route is proposed here, in which the perspective of Poulantzas is put in dialogue with the positions of two contemporary thinkers, Louis Althusser and Michel Foucault, on the place of the state in the social transformations and its relation with the popular struggles. Furthermore, some keys are suggested to revitalize the poulantzian theory in our own historical context.*

Keywords: State, democracy, dictatorship of the proletariat, power, socialism

“Tal vez ya no tengamos la fe milenarista basada en las leyes de bronce de una revolución democrática y socialista inevitable, ni el apoyo de una patria del socialismo democrático. Pero una cosa es segura: el socialismo será democrático o no será tal” (Nicos Poulantzas, Estado, Poder y Socialismo).

“Si pensamos como marxistas estamos necesariamente obligados a cuestionar la sociedad presente y a pugnar por transformarla” (José María Aricó, Entrevistas 1974-1991).

## 1. Introducción: ¿no hay alternativa?

A fines de los años setenta del siglo pasado, la larga década de luchas sociales que abarcó procesos tan heterogéneos como las luchas por la liberación nacional, contra la colonización, la revolución cubana, el mayo francés, las luchas estudiantiles y las del movimiento feminista, sólo por nombrar algunas, empezaba a menguar en la víspera de un rotundo cambio de época. Con el ascenso del neoliberalismo como respuesta política global para restaurar los parámetros de la acumulación capitalista y el poder de las élites dominantes (Harvey, 2007), el horizonte emancipatorio que aquellas luchas portaban se fue vaciando de sentido hasta casi convertirse en una utopía. La célebre frase (atribuida a Margaret Thatcher) *there is no alternative* (“no hay alternativa”), buscaba expresar esa imposibilidad de concebir un sistema de organización social no capitalista después de la caída del muro de Berlín y del fracaso de las experiencias socialistas. El capitalismo se había vuelto, de esta manera, “ubicuo, tanto en términos geográficos como ontológicos” (Fisher, 2017:117) <sup>1</sup>.

Con la caída de los países del socialismo real, los proyectos políticos populares, que encarnan aquella voluntad de emancipación social, quedaron relegados a un lugar marginal. No sólo les fue cada vez más difícil construir mayorías para disputar el poder del Estado, sino que incluso, aun cuando durante los años ochenta y noventa formaciones de izquierda lograron acceder al gobierno por el camino electoral, no pudieron modificar en lo fundamental la construcción neoliberal del Estado y de las relaciones sociales. La trágica paradoja –por retomar las palabras con las que García Linera describe la obra de Nicos Poulantzas (2015)– que marcó este proceso histórico, es que aquellas formaciones fueron en buena medida fruto de las batallas políticas y teóricas en el seno del marxismo de las dos décadas anteriores, y sucumbieron, precisamente, al peligro de integración en el capitalismo que desde algunas corrientes de izquierda se denunciaba ante la dirección socialdemócrata que estaban adoptando los partidos comunistas europeos. Cuando aun existía una patria socialista que legitimaba la posibilidad de una transformación social radical, la propuesta de llevar adelante reformas profundas en el Estado capitalista para mejorar la calidad de vida de las masas abriendo el camino a una transición democrática al socialismo, podía ser leída como una renuncia al ideal revolucionario. No obstante, en nuestro contexto actual, donde el capitalismo aparece como “la única alternativa” y la vía electoral como la senda inevitable de un proyecto político que asuma las demandas, ilusiones y necesidades de las clases populares, la propuesta eurocomunista adquiere un nuevo sentido.

El reconocimiento de los horrores del estalinismo había provocado una crisis en el seno de los partidos comunistas europeos, tanto a nivel político como a nivel teórico. La clásica consigna de la dictadura del proletariado fue abandonada como la aspiración política definitoria de esos partidos por su asociación con el estalinismo y con la historia

---

<sup>1</sup> El resaltado es mío.

contemporánea de las dictaduras militares en Europa (que en Portugal, Grecia y España habían perdurado hasta entrados los años setenta), en favor de la idea de que solamente por medio de las instituciones democráticas podrían llegar al poder las clases populares. Así, dentro de aquellos partidos comenzó a imponerse una corriente que consideraba la transición al socialismo en función de la dialéctica entre una mayoría parlamentaria y el desarrollo de movilizaciones de masa, conocida como eurocomunismo. Lejos de ser una posición homogénea y unificada, el eurocomunismo reunía una pluralidad de posturas y de concepciones político-estratégicas que, sin embargo, tenían en común la idea de que el horizonte democrático es irrenunciable, incluso –o mejor, sobre todo– en un proyecto socialista.

Uno de los representantes más destacados de aquella línea fue Nicos Poulantzas. Nacido en Atenas en 1936, donde estudió Derecho, es frecuentemente definido como el teórico marxista más importante de la posguerra del siglo XX (Jessop, 1985). Su intento por sistematizar la comprensión del Estado y de la política en esta tradición lo condujo a pensar a fondo el problema de la estrategia revolucionaria. En sus últimos escritos, el autor asegura que el pasaje al socialismo conlleva un largo proceso de transformaciones dentro del Estado que debe ser acompañado de las luchas y de las iniciativas autónomas de los movimientos sociales. En particular, esto aparece en *Estado, poder y socialismo (en adelante, EPS)*, la última obra que publica, donde propone una noción relacional del Estado. Es decir, la idea de que el Estado es la condensación material de relaciones de fuerza de clases (Poulantzas, 1976ab, 2005). Esta defensa de un socialismo democrático se dio al calor de una disputa teórica y política con quienes apoyaban la dictadura del proletariado, con quienes desde una variante de derecha del eurocomunismo sostenían la neutralidad de la democracia (en lugar de problematizar su vínculo con la acumulación capitalista) y con quienes desde una perspectiva neoliberal rechazaban centralizar la disputa política y social en el Estado (Poulantzas, 2005). Entre estas posiciones que Poulantzas critica se encuentran la de Louis Althusser y la de Michel Foucault: el primero, por su explícito apoyo de la dictadura del proletariado y de una estrategia de doble poder o de conformación de un contra-Estado que reemplace y destruya al Estado capitalista; el segundo, por su tendencia a pensar exclusivamente las microresistencias exteriores al Estado.

El presente artículo tiene como objetivo revisar la crítica que Poulantzas dirige hacia aquellas posiciones con el fin de evaluar en qué medida pueden ser retomados hoy en día algunos de sus elementos cardinales para un pensamiento político emancipatorio. La certeza que subyace en este trabajo es que un anhelo de transformación profunda de la sociedad, no puede ser escindido de un estudio de las condiciones históricas en las que ésta puede tener lugar. Y que precisamente la tradición marxista sigue manteniendo un poder de evocación por la conexión orgánica que se establece entre un cuestionamiento realista de la sociedad y una práctica emancipatoria. De acuerdo con esto, si los escritos de Poulantzas siguen interpelando a la teoría política actual a pesar de la distancia histórica que nos separa es porque conllevan la apuesta por pensar los desafíos de una construcción política popular formulada como alternativa a las condiciones cada vez más desiguales del capitalismo; porque asumen los debates de la época y los integran en una teorización novedosa del Estado; y porque señalan la necesidad de defender y repensar a fondo la democracia.

## 2. De la democratización al socialismo democrático

Poulantzas es reconocido principalmente por su noción de Estado como relación social, que fue desarrollada en profundidad por Bob Jessop (1985, 2015). No obstante, pocas veces se enfatiza hasta qué punto esta idea está vinculada con una reflexión sobre la democracia como la vía privilegiada para una transformación social profunda. Desde las discusiones del joven Marx en *La Cuestión Judía* en torno a los derechos del hombre y del ciudadano hasta el debate Luxemburgo-Berstein a propósito del dilema reforma o revolución, el marxismo mantuvo siempre una tensión crítica con la democracia. En este marco, la perspectiva

singular de Poulantzas se hace cargo de las contradicciones entre un proyecto socialista (de extinción del Estado) y una defensa de la democracia e intenta resolverlas para fundamentar teóricamente el programa eurocomunista.

El interés del teórico griego por la democracia comienza a surgir a finales de los sesenta, a raíz de ciertos eventos políticos: en particular, del golpe de Estado de 1967 en Grecia. Con las dictaduras militares en Portugal y en España, la Junta de los Coroneles griega constituía una tríada de Estados capitalistas de excepción –que mantenían varias similitudes, como su carácter periférico dentro de Europa, su dependencia económica de las potencias mundiales y la inestabilidad hegemónica de sus clases dominantes–, cuyo colapso entre 1974 y 1975 sorprendió a todos en el seno de la izquierda. Más que por la movilización frontal masiva de las clases populares como esperaba la izquierda europea ese colapso se produjo por la agudización de las contradicciones internas de aquellos regímenes, en la que las clases populares no jugaron más que un rol indirecto. En efecto, como sugiere el autor en su estudio de las crisis de estas dictaduras (Poulantzas, 1976b) fueron ante todo las contradicciones propias del bloque en el poder de esos regímenes las que llevaron a sus crisis terminales<sup>2</sup>. Por ejemplo, las que oponían a las fracciones compradora e interna de la burguesía<sup>3</sup>. Poulantzas observa que mientras los regímenes dictatoriales privilegiaban la fracción compradora completamente subordinada al capital norteamericano, en el proceso de industrialización dependiente que signaba la economía era la fracción de la burguesía interna, ni totalmente subordinada ni independiente del todo del capital extranjero (1976a), la que se estaba volviendo dominante. Por lo tanto, esta última mantuvo una posición opuesta al régimen, al perseguir el apoyo del capital de las potencias europeas y al respaldar una serie de demandas económicas de la clase obrera (Poulantzas, 1976b).

Sin embargo, de acuerdo con Poulantzas, las masas populares tuvieron asimismo una influencia decisiva (por más que indirecta) en la caída de esos regímenes. La misma industrialización dependiente, con su bajo nivel tecnológico y de productividad, con la destrucción de formas de producción precapitalistas y la expatriación de las ganancias al extranjero (Poulantzas, 1976b), también intensificó sus luchas que tuvieron efectos a distancia en el Estado. Las luchas por la liberación nacional en las colonias portuguesas, la resistencia a la proletarianización rural y el aumento de demandas sociales por la salud, la educación y la liberación de la mujer, entre otras, contribuyeron a exacerbar aquellas contradicciones de los regímenes dictatoriales europeos. Esto se explica para el teórico griego porque las divisiones entre las clases dominantes impidieron que las dictaduras

---

2 Por bloque en el poder Poulantzas entiende una relación orgánica a largo plazo entre las fracciones de clase y las clases dominantes en una formación social. Se trata de una unidad política -que no disuelve sin embargo, sus contradicciones económicas e ideológicas- que se produce a través de la mediación del Estado para garantizar su dominación en común (Poulantzas, 1970). De hecho, el teórico marxista explica que sólo gracias a esta mediación (que hace del Estado una especie de “partido político” de la burguesía) puede ésta convertirse en clase dominante. De lo contrario, la burguesía naufragaría en sus propias contradicciones y en la lucha por la hegemonía de ese bloque. Respecto de esto último, Poulantzas sugiere que el Estado garantiza por excelencia los intereses de una clase o fracción en particular, cuyo liderazgo sobre el resto de las fracciones del bloque en el poder y sobre el conjunto de la sociedad hace que se polaricen los intereses de las demás (1970). Ahora bien, esa hegemonía puede entrar en crisis cuando la clase o fracción hegemónica no consigue polarizar los intereses de las demás fracciones del bloque o cuando no logra asegurar el dominio de la burguesía sobre el conjunto de la sociedad.

3 En la tradición marxista, burguesía compradora es aquella fracción de la clase burguesa que no tiene una base propia de acumulación de capital sino que actúa, en cierto modo, como “intermediaria” del capital extranjero. Es decir, que está enteramente adscrita a este último en términos tanto económicos como políticos e ideológicos. Poulantzas diferencia la burguesía compradora de aquella fracción de la burguesía que se encuentra también imbricada, por múltiples lazos de dependencia, con el capital dominante extranjero pero que, a diferencia de la primera, posee un asiento económico y una base de acumulación propios, a la vez en el interior de la formación social y en el exterior. A esta fracción de la burguesía, el teórico griego le llama burguesía interna (Poulantzas, 1976a).

implementaran una estrategia global respecto de las masas populares, dando lugar a que cada fracción dominante tuviera una estrategia política diferente frente a ellas. En lugar de una circulación orgánica de la hegemonía entre las clases y fracciones dominantes (como sucedería en los regímenes democráticos) hubo conflictos entre clanes verticales, feudos y camarillas que tuvieron como resultado políticas incoherentes y cambios de dirección abruptos y arbitrarios (Jessop, 1985).

Pese a tener cierta incidencia en estos conflictos, las masas populares no llegaron a dominar el proceso de democratización en estos Estados. El caso de Portugal es en ese sentido paradigmático para Poulantzas. La Revolución de los claveles, el levantamiento militar que puso fin a la dictadura salazarista en abril de 1975, dio inicio no solamente a una democratización del Estado portugués sino, a su vez, a un experimento socialista en el que diversas áreas de la vida social intentaron ser transformadas (el campo a través de una reforma agraria, la producción industrial por la nacionalización de las empresas, la vivienda urbana, etc.). No obstante, si este experimento fracasó, pues no pudo articular el proceso de democratización con un efectivo proceso de transición al socialismo, fue según el teórico griego porque no hubo un intento de vincular las formas embrionarias de poder popular y de autoorganización de la base con la acción concertada en el Estado para democratizarlo y apoyar el movimiento popular (Poulantzas, 1980). Sin entrar en el análisis poulantziano del caso portugués o de los procesos de democratización en Grecia y España, quisiera sólo ocuparme de las conclusiones teóricas y estratégicas que el autor extrae de estos acontecimientos.

En primer lugar, Poulantzas sostiene que estos sucesos demuestran que el Estado es una relación social o, mejor aún, “la condensación de la relación de fuerzas entre las clases tal como se expresa, de manera específica, en el seno del Estado” (1976b:91)<sup>4</sup>. Es decir que el Estado no es un instrumento (o una máquina) manejable a voluntad por las clases dominantes ni un sujeto con racionalidad intrínseca, sino un campo estratégico en el que la lucha de clases encuentra una expresión material (no inmediata ni directa). De esta manera, sus aparatos, redes e instituciones estarían conformados por esos conflictos entre clases que se manifestarían siempre como conflictos internos del Estado. En los términos del teórico griego: “así como el “capital” contiene ya en sí la contradicción capital/trabajo asalariado, las contradicciones de clase atraviesan siempre de lado a lado el Estado porque éste, por su naturaleza de Estado de clase, reproduce en su seno mismo esas contradicciones” (Poulantzas, 1976b:92)<sup>5</sup>. Se entiende entonces por qué argumenta que las luchas de las clases dominadas pudieron tener efectos en el Estado por más que se encontrarán a distancia de sus aparatos y de que no ocuparan en ellos una posición de poder. Si el Estado condensa el balance de fuerzas propio de una coyuntura, las luchas de las clases populares no pueden quedar por fuera de él.

Ahora bien, surge aquí un interrogante: ¿cómo es posible que esas luchas que se desarrollan “por fuera” del Estado puedan incidir en su lógica “interna”? Poulantzas nos pide que abandonemos la idea topológica del adentro y del afuera en la que se basan las perspectivas que postulan una relación de exterioridad entre el Estado y las clases que, precisamente, impide ver las contradicciones internas del primero. Por el contrario, para el autor las luchas de las masas populares tienen efectos en los aparatos estatales porque se interiorizan mediadas por representaciones políticas y por procesos de selectividad estructural<sup>6</sup>. De este

---

<sup>4</sup> El resaltado es de Poulantzas.

<sup>5</sup> *Ídem*.

<sup>6</sup> El concepto de selectividad estructural de Claus Offe (1974) sugiere que el Estado capitalista funciona sobre un inmenso mecanismo de selección de decisiones y de las orientaciones posibles en un período dado, en función del cual las distintas ramas y aparatos del Estado retendrían preferentemente aquellas decisiones que favorecen (directa o indirectamente) la producción de capital o, cuando encuentran una fuerte resistencia por parte de los trabajadores, aquellas que no se oponen demasiado abiertamente a la lógica de la valorización del capital.

modo, lo que sucede “por afuera” del Estado (en las organizaciones de base y en los movimientos sociales populares) tiene efectos en él porque estas luchas están ya inscritas en su entramado institucional. Poulantzas observa incluso en el Estado contemporáneo la tendencia a abarcar cada vez más dominios de la vida social que antes eran marginales (como la cualificación incesante de la fuerza de trabajo, el transporte, el medioambiente, etc.) y que ahora pasarían a formar parte del espacio de reproducción y de acumulación del capital. Esta intervención creciente del Estado tendría el efecto de “una politización considerable de las luchas de las masas populares en dichos campos. En adelante, estas masas se ven confrontadas directamente por el Estado” (Poulantzas, 2005:260). Por lo tanto, las luchas heterogéneas de las masas populares en los diferentes ámbitos socio-económicos estarían incluidas en las redes estratégicas del Estado. De eso no se sigue para Poulantzas, sin embargo, que las luchas populares queden forzosamente integradas en el poder de las clases dominantes y se conviertan en otros mecanismos de dominación. En cambio, al estar inscritas en el campo estratégico del Estado, conforman sus propios límites internos. Más que en una exterioridad radical, el Estado encontraría esos límites definidos en su propia materialidad por la lucha de las masas populares; lucha que se interiorizaría en el Estado principalmente a través de las instituciones de la democracia representativa.

En segundo lugar, la consecuencia estratégica que Poulantzas infiere de la caída de aquellas dictaduras es que el modelo leninista de revolución a partir de una situación de doble poder en la que el Estado (entendido como un bloque monolítico) es derrocado desde fuera por un contra-poder a través de una guerra de posiciones o de movimientos (en palabras de Gramsci), no es aplicable en el capitalismo avanzado. El problema no es solamente que ese modelo esté basado en una concepción instrumentalista del Estado. Poulantzas argumenta que en las condiciones del capitalismo actual es implausible que una estrategia de este tipo pueda triunfar por distintos motivos. Entre estos se destacan el rol activo del Estado en la gestión de las crisis con el objetivo de evitar que estas se conviertan en verdaderas crisis estructurales y el hecho de que las revueltas ya no se manifiestan (como en la crisis “salvaje” de los años treinta) bajo la forma de huelgas generalizadas ni bajo la forma de un proyecto político global alternativo, sino de forma difusa en innumerables protestas sociales (Poulantzas, 1980). Como el Estado no es para Poulantzas una fortaleza que sólo puede penetrarse desde fuera sino una relación social, el modelo de transición al socialismo que propone es el de una lucha dentro del Estado para agudizar sus contradicciones internas y para modificar la relación de fuerzas que lo define, acompañada de una lucha a distancia del mismo (aunque no por eso externa) que refleje la autonomía de las organizaciones de las masas populares:

una vía democrática al socialismo consiste, esencialmente, en desarrollar, reforzar, coordinar y dirigir los centros de resistencias difusos de que las masas siempre disponen en el seno de las redes estatales, creando y desarrollando otros nuevos, de tal forma que estos centros se conviertan, en el terreno estratégico que es el Estado, en los centros efectivos del poder real (Poulantzas, 2005:316).

Una simple modificación del balance de fuerzas que condensa el Estado no implica, sin embargo, como advierte Poulantzas, la transformación radical de sus aparatos porque su propia materialidad institucional opondría resistencia. Que las masas populares ocupen distintos aparatos del Estado no asegura que éstos dejen de funcionar favoreciendo a las clases dominantes, como si el mero relevo del personal del Estado comportara cambios en sus estructuras. Por esta razón, el teórico griego subraya la necesidad de llevar a cabo modificaciones esenciales. No readaptaciones secundarias ni impuestas desde arriba (el proyecto de la socialdemocracia) sino un largo proceso que se apoye en la intervención creciente de las masas en el Estado por medio de sus representaciones políticas y en sus iniciativas propia y que esté orientado a la extinción del Estado (Poulantzas, 2005). Es justamente esta apuesta por la desaparición del Estado capitalista la que le da un asidero revolucionario a la estrategia poulantziana y no sencillamente reformista.

Con todo, ya a finales de los años setenta parecía evidente dentro de la corriente eurocomunista que florecía en algunos partidos comunistas europeos que una transición democrática al socialismo implicaba forzosamente el mantenimiento de las instituciones de la democracia representativa del Estado y, por consiguiente, una cierta permanencia y continuidad del Estado. ¿Qué sentido adquiere entonces en este marco el clásico dilema de reforma o revolución? ¿Es posible sostener una revolución dentro de un Estado cuyo funcionamiento lo blindaba ante cualquier intento de transformación profunda? ¿Conlleva este compromiso por mantener las estructuras democráticas del Estado una capitulación a las aspiraciones emancipatorias? Estos y otros interrogantes estuvieron en el centro de los debates de la izquierda de la época entre aquellos que abogaban por una destrucción total del Estado capitalista y aquellos que veían en el Estado un espacio a disputar para un cambio social radical.

### 3. ¿Reforma o revolución? Una crítica de la dictadura del proletariado

Estos debates se erigían, en buena medida, alrededor del núcleo problemático que planteaba el abandono por parte de los partidos comunistas de la noción de dictadura del proletariado. El problema era que se trataba de un concepto de suma importancia para la teoría marxista porque permitía discutir, por un lado, la relación entre una política de la emancipación y el Estado. Y por otro, el vínculo entre la hipótesis comunista –la idea de que “es practicable una organización colectiva diferente que elimine la desigualdad en la distribución de la riqueza, e incluso la división del trabajo” (Badiou, 2007:32)– y las formas históricas de existencia del movimiento comunista. Acerca del primer punto, es preciso recordar que la crítica clásica del Estado (Marx y Lenin) se dirige a su estatus de aparato separado que reproduce espontáneamente la desigualdad entre las masas y sus gobernantes. Al ser esta separación entre gobernantes y gobernados lo que imposibilita una genuina autodeterminación colectiva de las masas, la propuesta de una dictadura del proletariado consiste en quebrar no sólo el aparato de Estado burgués sino al Estado en sí mismo. Así, ésta se plantea como la forma de dominación de clase que puede quebrar la dominación burguesa en sus aspectos políticos, económicos e ideológicos y destruir la maquinaria del Estado que sería precisamente la forma que adopta esa dictadura de clase burguesa (Althusser, 1976). La dictadura del proletariado sería, de este modo, lo que vuelve posible librarse de la subordinación ideológica, de la dominación política y de la explotación económica propias del modo de producción capitalista. Y esto haría de ella la democracia de las más amplias masas, como exclamaba Lenin.

En cuanto al segundo punto, las formas históricas que adoptaron los intentos de instaurar una dictadura del proletariado, particularmente en la URSS, con la destrucción de las instituciones democráticas y los derechos formales, fruto de aquella desaparición de la forma estatal (incluso aunque ésta no fuera efectivamente llevada a cabo más allá de una absorción del Estado por el Partido), acarrearón una cierta demonización de este concepto. La posibilidad de una transición hacia el socialismo no podía desprenderse entonces de aquellas formas reales que adoptó la hipótesis comunista. Ya no era posible pensar al comunismo simplemente como un principio regulador y declarar inauténticas las formas, incluso catastróficas, de su existencia (Cavazzini, 2008).

Uno de los grandes defensores del mantenimiento de esta noción en los partidos comunistas como una aspiración y un programa político fue Louis Althusser. Miembro del PCF desde 1948, el filósofo francés siempre mantuvo una posición discordante en el partido por su apoyo explícito al maoísmo y a la Revolución Cultural China. Empero, no fue sino cuando el Comité Central adhirió al eurocomunismo que se posicionó contra la estrategia del partido (Motta, 2014). Veía en su elogio de las instituciones de la democracia representativa a la ideología burguesa actuar y ocultar la hipocresía que envuelve la democracia burguesa con su ignorancia de las condiciones reales de vida de la clase trabajadora y con su confinamiento de la política al mero acto de elección de los representantes políticos



(Althusser, 1976). Esta misma ideología sería, de hecho, la que separó a la dirigencia del partido de las bases y condujo a la instauración de una alianza electoral desde arriba (la Union de la Gauche)<sup>7</sup>, entre partidos de izquierda, que no supo interpelar a las masas (Althusser, 1978). Ante esta situación, Althusser defendió el valor científico de la dictadura del proletariado en la teoría marxista por su importancia para un estudio concreto de las relaciones entre clases, a la vez que sugirió una interpretación política de la misma contraria a la organización del partido.

Según el filósofo francés, el tema de la dictadura del proletariado está atravesado por un malentendido elemental, a saber: su asimilación con las diversas formas políticas de la dictadura. Sería esta identificación la que habilitaría la crítica de esa noción a partir de la historia de la URSS y de los horrores cometidos por Stalin. Cuando, en rigor, aquella se limitaría a designar la dominación de una clase en la lucha de clases y no impondría a priori de ninguna manera que la forma política de su realización sea una dictadura o el poder tiránico de un hombre o de un partido (Althusser, 1976). Hecha esta aclaración, Althusser propone una manera de entender la dictadura del proletariado en el contexto político de la época: más que conformar una alianza entre organizaciones de izquierda, para el filósofo francés era necesario perseguir una política de unión popular que integre las nuevas prácticas políticas de las masas, exteriores al partido, que existían alrededor de las cuestiones del medioambiente, la vivienda, el transporte, la salud, las condiciones de trabajo y la educación, entre otros (Althusser, 1978). De esta manera, la transición al socialismo implicaría una lucha constante de las masas en una ruptura radical con el Estado para evitar el mantenimiento y la reproducción (incluso dentro del partido) de las viejas prácticas ideológicas y políticas burguesas. Esto supondría, además, una transformación del propio partido para incorporar las iniciativas y las necesidades de las masas e impulsar desde sus actividades en la base la destrucción del Estado. El partido debería permanecer, por lo tanto, siempre en el exterior del Estado y ser autónomo respecto del mismo para poder extinguirlo y no solamente transformarlo (Althusser, 1977). Si la dictadura del proletariado debe mantenerse para Althusser, es en tanto involucra esa distancia entre el Estado y el partido (junto con las masas populares) necesaria para destruirlo.

En una serie de entrevistas, Poulantzas problematiza esta tendencia de Althusser a pensar la lucha de las masas populares por fuera del Estado (1980). En primer lugar, porque supondría una idea instrumental y hasta esencialista del Estado que, como una fortaleza, sólo podría ser penetrado desde fuera de sus muros. El problema no sería sólo que el planteo althusseriano no iría más allá de una estrategia de doble poder. Re caería, asimismo, en una concepción “purista” de la lucha de clases puesto que o bien las masas populares estarían integradas en el Estado y, por consiguiente, en la estrategia de la burguesía. O bien permanecerían “puras” al situarse afuera de él, obrando como un anti-Estado para constituir un segundo poder que lo sustituya y que destruya el propio aparato de Estado (Poulantzas, 1980). En segundo lugar, de acuerdo con el teórico griego la perspectiva de Althusser

---

<sup>7</sup> Cabe destacar que, si bien Poulantzas compartió con el PCF la apuesta eucomunista por una transición democrática al socialismo, dirigió una crítica similar a la de Althusser a la alianza conformada por los partidos socialista y comunista bajo un Programa Común. El teórico griego respaldaba la necesidad de un frente de unidad entre las organizaciones de izquierda. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió con la Union de la Gauche, consideraba que esta alianza electoral no debía ser perseguida sólo desde arriba sin referencia a las masas, ni agotarse en demandas económico-corporativas conducidas a través de luchas sindicales bajo el control del partido de vanguardia (Poulantzas, 1980). La cuestión central para Poulantzas, de hecho, no era tanto aquella de las alianzas entre organizaciones políticas sino la de las alianzas entre las clases y capas sociales que esas organizaciones pretenden representar. Por eso es que resultaba imperioso para el autor favorecer la creación de organizaciones populares de masas que desbordaran el partido, que fueran autónomas. La emergencia de diferentes movimientos sociales habría puesto en evidencia así no sólo que las formas de lucha y de protesta social estaban cambiando sino también que el rol centralizador del partido no lograba ya capturar las demandas, los intereses y las necesidades tan diversas de aquellos (Poulantzas, 1980).

impediría considerar una cuestión primordial para una transición al socialismo, que es la del mantenimiento necesario bajo este régimen de las libertades políticas, algo que forzosamente requiere de instituciones específicas para garantizarlas (precisamente, las de la democracia representativa). Así, un proceso de transición democrática hacia el socialismo no acarrearía la desaparición total del Estado, como presupone la dictadura del proletariado. De algún modo éste seguiría existiendo para poder garantizar aquellas libertades, que no son meramente formales y abstractas. Como Poulantzas sugiere,

si la vía democrática al socialismo y el socialismo democrático significan también pluralismo político (de partidos) e ideológico, reconocimiento del papel del sufragio universal, extensión y profundización de todas las libertades políticas, incluidas las de los adversarios, etc., no se puede emplear ya el término de rotura o de destrucción del aparato del Estado, a menos que se quiera jugar con las palabras (2005:320-1).

La cuestión del Estado de derecho no puede ser reducida entonces al carácter burgués de la democracia representativa. El desafío del proyecto eurocomunista es precisamente demostrar que ésta también es una conquista de las masas populares y que a través de su participación en el Estado es posible luchar por la ampliación de derechos que respalden las transformaciones a nivel económico, político e ideológico que se implementan en él. Sin dejar de subrayar las contradicciones inherentes a la democracia (especialmente, el hecho de que su figura privilegiada, la ciudadanía, oculte el carácter de clase del Estado bajo la idea de igualdad), Poulantzas parece concebirla como el horizonte irrenunciable de un proyecto político emancipatorio.

Empero, la crítica poulantziana de la dictadura del proletariado no se limita a esa discusión de las nociones de Estado, democracia y transición al socialismo implícitas en ella. Ante todo, su crítica se dirige a la función histórica que aquella habría cumplido en el seno del marxismo: la de ocultar el problema de la articulación entre una democracia representativa transformada y la democracia directa de base. La transición al socialismo ha sido tradicionalmente un problema para la teoría y la política marxista ya que Marx no habría dejado más que una serie de indicaciones vagas a este respecto que, si bien se orientarían hacia una estrecha relación entre socialismo y democracia, no profundizarían en una concepción positiva de esta última. Fue Lenin el primero que tuvo que resolver históricamente esta cuestión. Tanto su práctica política como sus análisis teóricos tenían como línea principal la destrucción en bloque del Estado a través de una lucha frontal, en una situación de doble poder, y su reemplazo por un segundo poder (de los soviets) que ya no sería un Estado propiamente dicho sino un Estado en vías de extinción. Esta extinción del Estado burgués supondría igualmente la destrucción de las instituciones de la democracia representativa, que Lenin reduciría a una emanación de la burguesía (de modo que sería sinónimo de democracia burguesa y, en consecuencia, de la dictadura de la burguesía), y su reemplazo por la sola democracia directa de base, que consideraría la verdadera democracia proletaria (Poulantzas, 2005). Sin embargo, ya Rosa Luxemburgo habría advertido que el apoyo exclusivo del proceso revolucionario en esta democracia directa de base y la eliminación de la democracia representativa conllevaría el peligro de un devenir totalitario. Cuando, en lugar de abolir toda democracia, se trataría de crear una democracia socialista que reemplace la democracia burguesa y que vaya más allá de la envoltura formal de la libertad y la igualdad (Luxemburgo, 1977).

Poulantzas retoma el legado de la intelectual militante socialista y asegura que la dictadura del proletariado consagró en los debates de la izquierda una falsa dicotomía: o bien mantener al Estado existente, ateniéndose solamente a la democracia representativa a la que se le harían modificaciones secundarias (el estatismo de la socialdemocracia). O bien aferrarse de exclusivamente al movimiento autogestionario o la democracia directa, lo que inevitablemente llevaría a la dictadura de los expertos o al despotismo estatista. Es decir que la noción de dictadura del proletariado habría anclado aquellas discusiones en la

tradicional oposición de reforma o revolución y habría ocultado la cuestión más importante para la vía democrática al socialismo, a saber:

Cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades (que fueron también conquista de las masas populares) con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios (Poulantzas, 2005:313)<sup>8</sup>.

La experiencia soviética había demostrado que la estrategia leninista de destrucción del Estado burgués no había dado paso a una sociedad más democrática (la verdadera dictadura del proletariado imaginada por Marx y Lenin) y que la democracia constituía una cuestión fundamental que el marxismo debía afrontar. No obstante, en los debates de la izquierda de los setenta este énfasis en la democracia por contraposición al estalinismo tenía inscrito el peligro de una adaptación al sistema capitalista. Primero porque, como sugiere Poulantzas, “si la vía democrática al socialismo garantiza las libertades, ofrece también a la burguesía [...] mayores posibilidades para el sabotaje económico de una experiencia de la izquierda en el poder” (2005:243). Además, porque desde el ala derecha del eurocomunismo, tendían a contraponer (no ya asimilar como Lenin) democracia y dominación burguesa, y despojaban a la primera de cualquier contradicción de clase. Así, por un lado, desde las posiciones marxistas más ortodoxas se pensaba a la democracia como un reflejo de los intereses de las clases dominantes y se llamaba a una destrucción de las instituciones de la democracia representativa. Por otro, desde ciertas variantes eurocomunistas se sostenía una suerte de concepción suma-cero de la democracia que consideraba que la expansión de la democracia representativa por las luchas de las clases populares implicaría un retraimiento de la dominación burguesa.

Desde su perspectiva relacional del Estado, “Poulantzas rechazó tanto a quienes concebían la democracia como instrumento-creación de la burguesía, como a quienes la despojaban de contradicciones para pensarla como deseable en sí misma (Abal Medina, 2011:296). Para el autor, las instituciones de la democracia representativa expresan las tensiones y los antagonismos irreductibles de la lucha de clases en el capitalismo (por lo que no serían sólo un reflejo de los intereses de la burguesía), pero bajo la constante de la primacía y privilegio estructural de la burguesía. Si esas instituciones son la resultante de relaciones de fuerza entonces es en su interior donde es necesario intensificar las luchas de las clases populares a fin de inclinar este balance de fuerzas a su favor.

La vía democrática al socialismo no se agotaría, según Poulantzas, en un camino parlamentario o electoral, a diferencia de la estrategia de la socialdemocracia, pues por más importante que sea adquirir la mayoría electoral, sea para el Parlamento o para la presidencia, no sería éste el punto álgido de rupturas dentro del Estado. La modificación de la relación de fuerzas en él concierne al conjunto de sus aparatos, redes y dispositivos por lo que necesariamente tiene que haber para el teórico griego una crisis. Esto porque las clases dominantes van a oponer resistencia a aquellas modificaciones y por la misma materialidad del aparato estatal que cristalizaría esa dominación de clase. Más que una apuesta por una vía pacífica de transformación gradual, esta visión del eurocomunismo hace

---

<sup>8</sup> El resultado es de Poulantzas. Si bien el teórico griego no avanza significativamente en las formas de articulación entre los dos tipos de democracia, sí sugiere, por un lado, que no existiría una sino varias formas de articulación y que la forma adoptada es precisamente un elemento central del proyecto de socialismo democrático; y por otro lado, que es necesario evitar dos formas de articulación ineficaces para este proyecto: en primer lugar, la que establece una coexistencia de forma paralela entre ambas, en una disputa por la hegemonía del modo de ordenación social; en segundo lugar, la que subordina e integra una forma a la otra (históricamente ha tendido a ser la democracia directa - o el consejismo- a la democracia representativa) (Poulantzas, 2005). En cambio, Poulantzas propone una articulación entre una democracia representativa que exprese los intereses generales y una democracia de base para solucionar los problemas determinados de cada sector.

hincapié en el proyecto revolucionario de transformación social. En este sentido, la defensa de la democracia política está íntimamente vinculada con el llamado a producir cambios profundos en los espacios económicos y políticos del capitalismo (Poulantzas, 1980). Por consiguiente, no se trataría sencillamente de una estrategia reformista.

#### 4. ¿Qué poder y para qué? El problema de la resistencia

El compromiso de Poulantzas con la elaboración teórica de la vía eurocomunista no tuvo como único frente de disputa a aquellas perspectivas que defendían la estrategia de la dictadura del proletariado sino, igualmente, a las que consideraban que sólo es posible escapar de las redes del poder estatal a través de microrevueltas sociales. Para el teórico griego, el representante más significativo de esta corriente es Michel Foucault que (junto con Gilles Deleuze y Félix Guattari) en su análisis de los movimientos sociales de la época privilegió las formas de microresistencia a las diferentes prácticas de poder. Dentro del marxismo, Poulantzas sería uno de los primeros en tomarse en serio el desafío que representa la microfísica del poder foucaultiana, que permitiría abandonar una concepción del Estado deudora del binomio represión/ideología para entender su dimensión positiva de formación de la realidad social (Keucheyan, 2013). La influencia de Foucault en EPS es innegable: el teórico marxista habría llegado a compartir con él algunos supuestos elementales sobre el poder (Jessop, 1985), y a subrayar sus aportes valiosos para “un análisis materialista de ciertas instituciones de poder” (Poulantzas, 2005:75). Empero, en EPS esta concepción foucaultiana del poder constituye también un eje problemático que le permite a Poulantzas discutir el problema de la resistencia, del consentimiento y del fundamento de las luchas en el Estado.

El punto fundamental de divergencia entre ambos autores está precisamente en el rol que ocupa el Estado en un examen de las técnicas de poder. Mientras que Poulantzas lo toma como el objeto clave de sus análisis teóricos, el otro prácticamente evita su tratamiento teórico como se evita una comida indigesta (Foucault, 2007)<sup>9</sup>. Abandonar una comprensión del poder como sustancia y del Estado como Leviatán parecía haberlos dejado ante una difícil elección: afirmar que el Estado está en todos lados o asegurar que no está en ninguno (Green, 2013). En el caso de Foucault, su reducción del Estado al “efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples” (2007:96) parece abonar si no su inexistencia al menos su falta de importancia para un análisis de los mecanismos de poder. Al modificar la problemática del poder tal como era planteada en términos de soberanía o de los aparatos del Estado para pensar las técnicas o tácticas de poder diseminadas por toda la sociedad, Foucault en alguna medida considera al Estado como un obstáculo para pensar el ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas. Como si la identificación de la cuestión del poder con la del Estado fuera un escollo para examinar la pluralidad de micropoderes que pueden ser ejercidos como resistencia a los regímenes de gubernamentalidad. Para Foucault, pensar el poder supone dejar de lado una perspectiva que lo ubica en un punto central ya sea en la soberanía estatal, en la ley o en un sistema general de dominación ejercida por un grupo sobre otro, en tanto el poder estaría en todas partes. Esta omnipresencia característica del poder, no porque reagrupe todo bajo su unidad “sino porque se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro” (Foucault, 1998:113), sería así lo que explica el desinterés del filósofo francés por buscar sus mecanismos de funcionamiento en el Estado como foco único del que irradiarían las formas del poder. En cambio, insistiría en su pulverización o su dispersión en un juego de innumerables relaciones móviles y no igualitarias.

Por el contrario, en el caso de Poulantzas, dada la primacía que le otorga a la lucha de clases en el ejercicio del poder en las sociedades capitalistas y al rol que le da al Estado en

---

<sup>9</sup> En su curso en el Collège de France de 1978, Foucault declara: “me ahorro, quiero y debo ahorrarme una teoría del Estado como podemos y debemos ahorrarnos una comida indigesta” (2007:95).

la constitución de las relaciones entre clases sociales, el Estado abarcaría tendencialmente a todas las relaciones sociales. No sería pensable, inclusive, “una realidad social cualquiera (un saber, un poder, una lengua, una escritura) que represente un estado primigenio respecto al Estado; sólo es pensable una realidad social siempre en relación con el Estado y con la división en clases” (2005:40-1). No porque sea el lugar del que emergen todas las relaciones de poder sino porque, en una sociedad dividida en clases, el Estado es el sitio donde se condensan los múltiples poderes de clase que existen en relaciones de lucha y de oposición y donde los poderes que desbordan a las relaciones de clase son reconfigurados para volverse eslabones de aquellos. La paradoja del Estado, como sugiere Jessop, estaría en que si bien éste es solo un orden institucional entre muchos otros en una sociedad, es también el encargado de asegurar la cohesión e integración de esta última (2015). De este modo, para Poulantzas sería erróneo poner entre paréntesis al Estado al reflexionar acerca del poder puesto que en las sociedades contemporáneas éste centralizaría y extendería los diversos regímenes de poder y de saber que se imponen. Por eso, en EPS sostiene que

no deja de ser notable que este discurso [el de Foucault] tendente a hacer invisible el poder, al pulverizarlo en la capilaridad de microrredes moleculares, tenga el éxito sabido en un momento en que la expansión y el peso del Estado alcanzan un grado sin precedentes (Poulantzas, 2005:47).

Si bien Poulantzas coincide con Foucault en una serie de puntos a propósito de la noción de poder (al definirla ambos en términos relacionales), a diferencia de aquél le da un fundamento preciso a aquellas relaciones de poder. a saber: la división social del trabajo y la explotación. En las sociedades de clase, explica el teórico griego, todo poder reviste una significación de clase, es decir que remite al lugar objetivo que ocupan las distintas clases en las relaciones económicas, políticas e ideológicas, o a sus prácticas en relaciones no igualitarias de dominio/subordinación ancladas en la división del trabajo (Poulantzas, 2005). Por lo tanto, en cuanto a la lucha de clases, el poder se basaría en la explotación, en el lugar que ocupan las clases en los diversos aparatos y dispositivos del poder y en el propio aparato del Estado. Aunque no todo poder sea un poder de clase, para Poulantzas es precisamente la lucha de clases la que les permite a las demás luchas populares desplegarse, ofreciéndoles una base objetiva. Es ésta la que habilitaría pensar las resistencias en las sociedades de clase. Poulantzas resuelve la pregunta de qué poder y para qué a partir de las relaciones de poder de clase, cuyo campo de constitución es la división social del trabajo, que se condensan y materializan en el Estado (2005). Esto no significa que el poder emane de allí como si fueran núcleos primigenios de poder. Más bien, aquellas relaciones entre las clases serían el sostén del poder porque en sus límites se dirimiría el equilibrio inestable de compromisos de las fuerzas sociales. Mientras que Foucault asegura que el poder se ejerce “en el juego de relaciones móviles” (1998:114), donde la resistencia es siempre inmanente respecto del mismo, Poulantzas restringe esa movilidad al situarla en el campo de las fuerzas de clase.

El problema que el teórico griego encuentra en esta ausencia de fundamento del poder y, por consiguiente, de las resistencias en Foucault es que no permite entender de dónde surgen aquellas luchas que aparecen como el otro polo de las relaciones de poder –pues “donde hay poder, hay resistencia, y no obstante [...], ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” (Foucault, 1998:116)–. De acuerdo con Poulantzas, existe un deslizamiento permanente en la forma en que el filósofo francés da cuenta del poder, a veces designando una relación (la relación de poder) y otras veces, uno de los dos polos de la relación poder/resistencia. ¿Cómo sería posible la resistencia –pregunta– si toda situación de poder es inmanente o si éste parece ser esencializado y absolutizado convirtiéndose en un polo “frente” a las resistencias? (Poulantzas, 2005)? Según Poulantzas, en Foucault habría sólo una salida a esta aporía nodal: “salir de ese poder hecho sustancia, redescubrir a toda costa algo distinto de esas resistencias inscritas en el poder, algo que esté, por fin, fuera del poder, radicalmente exterior al poder convertido en un polo esencializado y absolutizado de la relación” (2005:181). Y ese algo Foucault lo encontraría en la plebe, que estaría presente en el cuerpo social, en los grupos y en los individuos como el reverso o el límite

del poder. En una entrevista para la revista *Les Révoltes Logiques*, Foucault caracteriza a la plebe como una forma de resistencia local, concreta y situada a un ejercicio de poder. La plebe no sería una realidad sociológica sino una falla en las identidades dadas conformada por todo aquello que se resiste a ser capturado en los regímenes de saber y de poder. El filósofo francés sugiere que siempre

hay algo en el cuerpo social, en las clases, en los grupos, en los mismos individuos que escapa en cierto modo a las relaciones de poder; algo que no es la materia prima más o menos dócil o resistente sino el movimiento centrífugo, la energía inversa, la huida. Sin duda “la” plebe no existe, aunque “hay” plebe. Hay plebe en los cuerpos, en las almas, en los individuos, en el proletariado y también en la burguesía, pero con una extensión, unas formas, unas energías y unas irreductibilidades diversas. La plebe es menos el exterior de las relaciones de poder que su envés, su límite, su contrapunto; es aquello que responde a cualquier avance del poder con un movimiento para deshacerse de él (Foucault, 1977:92)<sup>10</sup>.

En definitiva, el problema estaría en la incapacidad de Foucault de dar cuenta de formas de resistencia que vayan más allá de estas microrevueltas o de hostigamientos dispersos frente al poder. Se trata de una crítica recurrente de las tesis foucaultianas. No obstante, Poulantzas va más allá porque señala en esta imposibilidad de las resistencias en el filósofo francés una consecuencia política más grave. Este llamado a huir del poder o a invocar algo que escape de sus redes dejaría librado al Estado como terreno de disputa política. En otras palabras, este planteamiento “hace de lo estatal el problema y, en una suerte de reacción fóbica, re-localiza lo político en ruptura absoluta con lo estatal” (Abal Medina, 2011:302). Al igual que las perspectivas neolibertarias que para evitar el estatismo se ocuparían sólo de aquellos micropoderes exteriores al Estado diseminados por doquier, Foucault abandonaría la apuesta por una transformación radical del Estado (Poulantzas, 2005). Más allá de las diferencias entre su planteo y el de Althusser, ambos caerían para Poulantzas en el error de comprender la lucha y la resistencia de las masas populares por afuera del terreno estratégico del Estado (1980).

El peligro de este tipo de estrategias políticas antiestatales parecía volverse más evidente a fines de la década del setenta, en el contexto de mutación de los regímenes democráticos en los países europeos, que estaban tendiendo hacia un control exhaustivo del conjunto de las esferas de la vida social y hacia un declive de las instituciones de la democracia representativa y las libertades formales. El estatismo autoritario, como le llama Poulantzas a esta nueva forma de Estado (2005) –no equiparable, sin embargo, con los regímenes de excepción– que estaba emergiendo en respuesta a las crisis políticas de aquellos países, dejaba claro el riesgo de un Estado separado de las masas populares y gobernado casi exclusivamente por la burocracia estatal del ejecutivo al servicio de los intereses del capital monopolista. Por eso, el teórico griego enfatiza en este marco la necesidad de dar una lucha en el Estado para transformar sus aparatos, su funcionamiento y alterar su propia materialidad institucional, a la par que una lucha a distancia de sus aparatos. Como sostiene en una entrevista, si una ruptura revolucionaria es posible, sólo podrá darse a través del Estado (Poulantzas, 2008). Acercar a las masas populares a los centros de decisiones políticas y a los aparatos estatales constituiría una parte esencial de ese proceso porque ellas portan exigencias democráticas y cargan con la pretensión de extender los derechos y las libertades. Si la propuesta poulantziana carece de sistematicidad teórica y se limita a algunas indicaciones políticas imprecisas es en la medida en que se trataba de temas demasiado nuevos en el marxismo para ser abordados en profundidad (Poulantzas, 2005, 2008).

---

<sup>10</sup> La traducción es propia.

## 5. Conclusión: pensar con y más allá de Poulantzas

A casi cuarenta años de la publicación de EPS y luego de décadas de hegemonía neoliberal en buena parte del mundo, lejos se encuentra la posibilidad del ascenso de las masas populares al poder estatal bajo la forma de un socialismo democrático tal como lo imaginaba Poulantzas. No obstante, todavía es posible extraer de su teorización algunas claves para un pensamiento político contemporáneo que se plantee como horizonte una transformación social profunda.

5.1 El énfasis de Poulantzas en disputar el poder del Estado aparece actualmente como el aspecto quizás más importante de su legado teórico-político. Por más que las experiencias de gobiernos socialdemócratas y progresistas en las últimas décadas hayan demostrado que en las condiciones actuales del capitalismo existe un margen de maniobra limitado para llevar a cabo procesos radicales de cambio, sin duda confirman también que es a nivel del Estado donde pueden combatirse las desigualdades y los contrepesos impuestos como resultado de las transformaciones del capitalismo. Comprender el funcionamiento y la naturaleza del Estado en los regímenes neoliberales parece urgente. Por un lado, en tanto, como sugiere David Harvey, “el neoliberalismo no torna irrelevante al Estado; [...] más bien, y con el objeto de hacerlo más funcional a sus propios intereses, produce una reconfiguración radical de las instituciones y de las prácticas estatales” (2007:105). Por otro, porque en la nuestra situación contemporánea de internacionalización y de deslocalización de los flujos de capitales no parece factible que una serie de microresistencias puedan ampliar el suelo común de derechos en una formación social, ni mucho menos enfrentar aquellas desigualdades crecientes. Por el contrario, todo indica que sólo la construcción de mayorías políticamente sólidas en proyectos colectivos que disputen la hegemonía del poder del Estado puede lograrlo.

5.2 De esta manera podría leerse hoy justamente el proceso de transformación de la materialidad de los aparatos e instituciones del Estado que Poulantzas plantea, pero a condición de que aquella mayoría se asiente igualmente en las iniciativas de las masas populares (en sus saberes, en sus formas económicas, en sus luchas a nivel político y cultural, etc.) dándoles un espacio de autonomía. Porque, como bien entendía el autor, aquella construcción política enfrenta el desafío de articular intereses de lo más diversos y contradictorios hasta de quienes no necesariamente apoyan el proyecto. No obstante, frente a la perspectiva poulantziana surge un interrogante. En las condiciones actuales del capitalismo, ¿es viable una transición al socialismo en las fronteras de un Estado-nación si se consideran los impedimentos macroeconómicos que atraviesan los países que desafían este sistema de producción/circulación/consumo capitalista? ¿Es posible, al menos, un proceso regional que tienda a disputarlo o efectivamente no hay alternativa?

5.3 Finalmente, las reflexiones de Poulantzas en torno a la democracia merecen especial atención. Si bien la defensa de las instituciones democráticas resulta primordial en todo proyecto político progresista, no se deberían dejar de analizar las tensiones entre éstas y el capitalismo, que correctamente señala el teórico griego. Claro está, no con el objetivo de destruir aquellas instituciones sino de modificarlas de tal manera que puedan efectivamente garantizar la participación del conjunto de la población en las decisiones del Estado. Sin embargo, ¿hasta qué punto puede la democracia representativa (incluso transformada y acompañada de formas de democracia directa) apoyar aquellos procesos de cambio social radical? Más aún, en un momento en que globalmente los Estados toman decisiones en función de las coordenadas internacionales del capitalismo y no simplemente del voto por un proyecto político determinado, ¿qué efectos pueden tener las masas por medio de sus representantes en el rumbo que toma la política económica del país? ¿En qué medida es posible conciliar la democracia parlamentaria tal como la conocemos hoy con el proyecto socialista? Si la historia demostró que por medio de la democracia parlamentaria propia del Estado capitalista no fue posible socavar las bases de este sistema de producción/circulación/consumo ¿es posible hoy una vía democrática al socialismo? ¿Cómo



habría que resignificar la noción de socialismo para que remita a un proyecto político de las características que Poulantzas establece en nuestro horizonte actual?

Por más que la teoría poulantziana no pueda darnos hoy respuestas infalibles a estas cuestiones, a mi entender apunta correctamente a las paradojas que presenta todo pensamiento político emancipatorio. Se dice que el origen de la palabra “legado” se remonta a la antigua Roma, donde luego de las batallas unos emisarios eran mandados a recoger los huesos de los caídos. Quizás la herencia que nos ha legado Poulantzas tenga que ver con esta tarea de explorar los caminos teóricos y políticos que no han triunfado pero que no por eso están clausurados.

## Referencias Bibliográficas

ABAL MEDINA, P. (2011). “Escritos urgentes. Nikos Poulantzas y el eurocomunismo de izquierda”. En: *Andamios* (17), 287-322.

ALTHUSSER, L. (1976). “Conférence sur la dictature du prolétariat à Barcelone”. Inédito. Consultado en: <http://revueperiode.net/un-texte-inedit-de-louis-althusser-conference-sur-la-dictature-du-proletariat-a-barcelone/>

ALTHUSSER, L. (1977). *Seis iniciativas comunistas. Sobre el XXII Congreso del PCF*. Madrid: Siglo XXI.

ALTHUSSER, L. (1978). *Lo que no puede durar en el Partido Comunista*. Madrid: Siglo XXI.

BADIOU, A. (2007). “De quoi Sarkozy est-il le nom?”. En: *Circonstances* (4). Traducción al castellano inédita. Consultado en: <http://www.reflexionesmarginales.com/pdf/19/Documentos/5.pdf>

CAVAZZINI, A. (2008). “Crise du marxisme et critique de l'état. Le dernier combat d'Althusser”. En: *Séminaire du GRM 2007-2008 "Rélectures et réinterprétations du marxisme en France et en Italie dans les années 1960"*. Consultado en: [http://orbi.ulg.ac.be/bitstream/2268/112399/1/GRM\\_1\\_annee\\_Cavazzini\\_Althusser.pdf](http://orbi.ulg.ac.be/bitstream/2268/112399/1/GRM_1_annee_Cavazzini_Althusser.pdf)

FISHER, M. (2017). *Realismo capitalista*. Buenos Aires: Caja Negra.

FOUCAULT, M. (1977). “Pouvoir et stratégies. Entretien avec Michel Foucault”. En: *Révoltes logiques* (4), 89-97.

FOUCAULT, M. (1998). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.

FOUCAULT, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GARCÍA LINERA, A. (2015). *Forma valor y forma comunidad. Aproximación teórica-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu universal*. Madrid: Traficantes de sueños.

GREEN, C.M. (2013). “State, space and self: Poulantzas and Foucault on governmentality”. Inédito. Consultado en: [https://www.academia.edu/4926146/State\\_space\\_and\\_self\\_Poulantzas\\_and\\_Foucault\\_on\\_governmentality](https://www.academia.edu/4926146/State_space_and_self_Poulantzas_and_Foucault_on_governmentality)

HARVEY, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

JESSOP, R. (1985). *Nicos Poulantzas. Marxist Theory and Political Strategy*. Londres: Macmillan.

JESSOP, R. (2015). *The state. Past, present, future*. Cambridge: Polity Press.

KEUCHEYAN, R. (2013). “Lénine, Foucault, Poulantzas”. En: *L'État, le pouvoir, le socialisme*. París: Poulantzas, N., *Les praires ordinaires*.





LUXEMBURGO, R. (1977). La revolución rusa. En: Los marxistas y la política (II). La metamorfosis de la revolución (1843-1917). Madrid: Châtelet, F., Vincent, J.M. y Pisier-Kouchner, E. (eds.), Taurus.

MOTTA, L.E. (2014). "Acerca de la cuestión de la democracia en el marxismo de Althusser y Poulantzas". En: Demarcaciones. Revista latinoamericana de estudios althusserianos (2), 130-153.

OFFE, C. (1974). "Structural Problems of the Capitalist State: Class Rule and the Political System. On the Selectiveness of Political Institutions". En: German Political Studies (I). Londres: von Beyme, K. (ed.), Sage Publications.

POULANTZAS, N. (1970). Poder político y clases sociales en el Estado capitalista. México D.F.: Siglo XXI.

POULANTZAS, N. (1976a). Las clases sociales en el capitalismo actual. México D.F.: Siglo XXI.

POULANTZAS, N. (1976b). La crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España. México D.F.: Siglo XXI.

POULANTZAS, N. (1980). Repères: Hier et aujourd'hui. Textes sur l'État. París: Maspero.

POULANTZAS, N. (2005). Estado, poder y socialismo. Buenos Aires: Siglo XXI.

POULANTZAS, N. (2008). The Poulantzas Reader. Marxism, Law and the State. Londres: Verso.

## **Abreviaturas**

EPS : Estado, poder y socialismo

PCF: Partido Comunista Francés